

61/2020

18 de mayo de 2020

*Fernando Prieto Arellano**

«Nosotros, los de entonces». Aproximación geoestratégica a las consecuencias de la COVID-19

«Nosotros, los de entonces». Aproximación geoestratégica a las consecuencias de la COVID-19

Resumen

La crisis sanitaria provocada por la COVID-19 va a profundizar en la deriva hacia el multipolarismo que estaba rigiendo las relaciones internacionales en los últimos tiempos. La sensación es que el mundo se encamina hacia un multipolarismo salvaje e introspectivo, cuya primera víctima geopolítica puede ser la UE, si no cambia su actitud cortoplacista en todos los terrenos.

Palabras clave

COVID-19, pandemia, multipolarismo, introspección nacional, UE, nacionalismo.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEEE o del Ministerio de Defensa.

»We, back then«. A geostrategic approach to the consequences of the COVID-19

Abstract

The health crisis caused by COVID-19 will deepen the drift towards multipolarism that was governing international relations in recent times. The feeling is that the world is heading towards a wild and introspective multipolarism, whose first geopolitical victim may be the EU if it does not change its short-term attitude in all areas.

Keywords

COVID-19, pandemic, multipolarism, national introspection, EU, nationalism.

Introducción: una crisis suscitada por un enemigo invisible, intangible, global y letal

Al menos en teoría, el mundo está preparado para una guerra, para una agresión, para resistir los embates de una, varias o muchas acciones terroristas, incluso dirigidas contra el corazón de grandes ciudades, contra edificios de 400 metros de altura repletos de civiles inocentes o contra grandes aglomeraciones humanas.

El mundo está preparado para eso y lo ha demostrado en los últimos tiempos, como eventualmente podría estar preparado para una guerra convencional, incluso aunque fuera a escala global. Primero porque los estados mayores de todas las fuerzas armadas de todos los países tienen planes de contingencia al respecto y, en segundo lugar, porque, de alguna manera, la gente tiene instalado en algún rincón de su mente el dispositivo de alerta que le puede hacer reaccionar ante una situación extrema. Eso se ha demostrado en el último siglo y, en particular, en los últimos 20 años en lo que respecta a las amenazas asimétricas e invisibles como el terrorismo.

Sin embargo, lo que está viviendo la humanidad en este momento, la pandemia de la COVID-19 es otra cosa completamente distinta, al menos en el imaginario colectivo. Salvo que alguien sea muy aficionado a las distopías, a las series, películas, videojuegos o novelas que tratan de catástrofes apocalípticas, lo cierto es que la mayoría estaba completamente ajena a situaciones como esta y que parece totalmente sacada de uno de esos relatos distópicos en los que nadie está a salvo en ninguna parte y nadie parece capaz de impedir que la espiral siga creciendo.

Desafortunadamente, lo que estamos viviendo ahora no es una distopía, es una realidad, y es una realidad letal: la muerte se ha enseñoreado del mundo, de todo el mundo, se ha universalizado el dolor, el riesgo, el peligro y el sentimiento de terrible incertidumbre, de miedo, en una palabra, ante lo que está pasando y, sobre todo, ante lo que pasará.

No creo que haya nadie que pueda tener claro qué va a suceder a medio plazo en el mundo, pero sí creo que se pueden trazar líneas de investigación de naturaleza prospectiva para aventurar, aun a riesgo de equivocación, cómo puede ser el escenario de las relaciones internacionales y qué actores van a salir perjudicados; cuáles saldrán más o menos indemnes y qué otros sufrirán un impacto de tal magnitud que les repercutirá de modo irreversible en los terrenos económico, político, geopolítico y, por extensión, geoestratégico.

Uno tiene la impresión de que no hay una unidad de acción (más allá de la que cada nación se impone a sí misma: véanse los casos de España o de Estados Unidos, donde la autoridad central o federal se diluye, se difumina y se contradice entre y con las diversas autoridades locales, ya sean autonómicas o estatales) y el resultado de esto es la falta de un criterio común, de una idea básica; en suma, de un plan de actuación compartido.

La Unión Europea (UE) es, lamentablemente, un buen ejemplo de esta falta de unidad de acción. Los tremendos esfuerzos para conseguir un acuerdo de mínimos que alivie las demoledoras consecuencias económicas de la crisis derivada de la pandemia no hacen sino poner en evidencia que el sueño, la aspiración, la meta de una Europa unida está cada vez más lejos. Es cada vez más utópico y, en su lugar, parece cobrar cada vez más fuerza la sensación de que nos encontramos dentro de un ente burocrático complejísimo, lleno de trabas y dificultades cuyos líderes son incapaces de solventar decorosamente y ello por un planteamiento eminentemente crematístico.

La ONU está demostrando que, en su vigente estructura, no es operativa ni tampoco útil en las circunstancias actuales. El Consejo de Seguridad apenas ha actuado¹, ni tampoco la Asamblea General y tan solo el secretario general, António Guterres, intenta enviar mensajes de aliento que, ante su falta de contenido concreto y preciso, se quedan las

¹ La primera reunión del Consejo para analizar el impacto de la pandemia se celebró el pasado 10 de abril, por videoconferencia y en ella no se llegó a ningún acuerdo debido a las diferencias entre algunos países, entre ellos China, miembro permanente, origen de la pandemia y muy poco interesado en que el tema se enfoque con otros criterios que no sean los meramente sanitarios. Disponible en <https://www.efe.com/efe/espana/mundo/el-consejo-de-seguridad-la-onu-discute-por-primera-vez-crisis-del-covid-19/10001-4217919>.

más de las veces perdidos en la inabarcable nebulosa de noticias relacionadas con la presente crisis².

Estados Unidos tampoco ha dado muestras de unidad de acción, de una política clara y homogénea ante el impacto del coronavirus. Por el contrario, las declaraciones y las decisiones del presidente Donald Trump han sido muchas veces contradictorias y han estado sujetas a todo tipo de cambios, que han ido desde minimizar la pandemia, e incluso a bromear sobre ella; o dejar el peso de las acciones a tomar en manos de los Estados, pasando por darse cuenta de que esto iba en serio y no se podía abordar con frivolidad o ligereza³, para terminar con sus polémicas declaraciones —formuladas en rueda de prensa— sobre la posible conveniencia de que la gente ingiera o se le inyecte un desinfectante que está concebido para limpiar superficies físicas pero, obviamente, no está pensado —y es letal— para los seres humanos⁴.

Hoy en día, en el momento de escribir este artículo (25 de abril de 2020), Estados Unidos es el país del mundo con mayor número de afectados, con 880.762 casos confirmados y 44.053 fallecidos, según la Organización Mundial de la Salud (OMS)⁵.

En lo que se refiere a China, el país origen de la pandemia, tampoco tenemos unos criterios que nos muevan a la confianza. Parece que la enfermedad siempre ha estado focalizada y centrada, con algunas ramificaciones externas, en la provincia de Wuhan, y se sabe que fuera de allí no se han producido situaciones muy alarmantes, dentro de lo que cabe. Lo que no está clara es la cifra real (y auténtica) de afectados, pues los datos oficiales indican (a fecha de 25 de abril de 2020) 84.325 contagiados y 4.642 fallecidos, también según la OMS⁶.

² En la reunión participó Guterres, que insistió en que el mundo se enfrenta «a su prueba más difícil desde la fundación» de Naciones Unidas e hizo un llamamiento a la unidad de la comunidad internacional. *Ibidem*.

³ Disponible en <https://www.lavanguardia.com/internacional/20200331/48198470236/coronavirus-estados-unidos-trump-discurso-medidas.html>.

⁴ El 23 de abril, Trump sugirió en rueda de prensa si tal vez no sería conveniente que se aplicase desinfectante y luz ultravioleta en el cuerpo humano para acabar con el virus. Al día siguiente, la empresa fabricante del desinfectante Lysol (basado principalmente en la lejía) se apresuró a advertir al público de que no se le ocurra hacer tal cosa y subrayaba que «bajo ninguna circunstancia, nuestros productos desinfectantes han de administrarse dentro del cuerpo humano, sea por inyección, ingestión u otra vía». Noticia difundida por la Agencia EFE el 24 de abril de 2020.

⁵ Disponible en <https://covid19.who.int/>.

⁶ *Ibidem*.

Y menos clara está la causa, el detonante de la pandemia. Hay discusiones sobre el agente transmisor, aunque la mayoría de los datos indican que podría estar en uno de naturaleza animal, tal vez una clase de murciélago y/o de pangolín, algunas de cuyas especies se usan en China y en otras zonas de Asia para el consumo humano o como remedio en la medicina tradicional⁷.

Sin embargo, y con todas las reticencias y reservas posibles para no caer en las teorías apocalípticas o conspiratorias, no podemos dejar de pensar si el virus tendrá un origen realmente natural o habrá sufrido algún tipo de modificación en laboratorio que le haya dotado de una agresividad y letalidad hasta el momento desconocidas. Evidentemente, faltan pruebas, no hay apenas datos en este sentido, pero lo que está claro es que es un agente de una virulencia tan desconocida hasta la fecha que se me antoja comprensible y natural que surjan las preguntas y las dudas. Y tampoco considero que sea malo verbalizarlas, por mucho que una notable parte de la comunidad científica insista (y probablemente con razón) en que la COVID-19 es tan natural en su origen como prácticamente desconocido en su comportamiento⁸. Por otro lado, en mi opinión, tampoco está de más mencionar que científicos como el premio Nobel Luc Montagnier han insistido en que la COVID-19 no es un virus totalmente natural, sino que ha sido manipulado, «fabricado» en laboratorio a partir del virus del sida, quizá sin malévolas intenciones, sino con una mera pretensión científica y el resultado, tal vez, se escapó del control de quien estaba haciendo el experimento⁹.

Puede que el eminente virólogo francés esté completamente equivocado o puede que no. En cualquier caso, su opinión no es precisamente irrelevante y conviene que, siquiera como hipótesis de trabajo, la tengamos en cuenta en lo que vale.

Sea como fuere, y así lo plantearemos en este artículo, nuestro objeto de estudio es el geoestratégico y pivotará en torno a una pregunta: ¿seguirá todo igual cuando hayan

⁷ Disponible en <https://theconversation.com/murcielagos-y-pangolines-el-coronavirus-es-una-zoonosis-no-un-producto-de-laboratorio-135753>.

⁸ En este sentido, cito dos ejemplos basados en estudios científicos que indican que la COVID-19 es de origen estrictamente natural y no un producto de laboratorio. Disponible en <https://biotechmagazineandnews.com/covid-19-cientificos-confirman-que-su-origen-es-natural/>.
<https://www.bbc.com/mundo/noticias-52140543>.

⁹ Disponible en https://www.lemonde.fr/les-decodeurs/article/2020/04/17/le-coronavirus-fabrique-a-partir-du-virus-du-sida-la-these-tres-contestee-du-pr-luc-montagnier_6036972_4355770.html.

pasado —o se hayan atenuado— los efectos más dramáticos de la pandemia en el plano sanitario?

Hacia la consagración de la introspección. El fracaso de la UE para actuar de manera conjunta

Lo que no deja lugar a las especulaciones es la constatación de que esta crisis le ha pillado al mundo por sorpresa, sin recursos y sin capacidad de reacción. Sorprendente en estos tiempos en los que cualquier Estado de tipo medio (ni que decir tiene las grandes potencias) dispone de planes de actuación ante agresiones procedentes de agentes químicos o bacteriológicos, así como unidades especializadas a tal efecto. Sin embargo, tanta planificación ha colapsado con esta pandemia que ha demostrado que los planes preveían agresiones mucho más sofisticadas, deliberadas y con un origen más o menos concreto, pero no estaban concebidos para contrarrestar la irrupción de un agente vagabundo, desconocido y cuya hostilidad va pareja a la rapidez de su propagación. Una situación cuyo paradigma (al menos por evidente proximidad geopolítica) podría representarlo la UE.

Y en esto parecen coincidir el ministro español de Ciencia e Innovación, Pedro Duque, y el titular alemán de Asuntos Exteriores, Heiko Maas, quienes han llamado la atención en la falta de preparación previa de la UE; ante la ausencia de planificación conjunta para dar respuesta a una crisis como esta.

A juicio de Duque, «nos hemos encontrado en Europa con que no teníamos unos planes hechos, concretos y operativos, ni leyes especiales. Y todo esto habría que haberlo hecho hace ya bastantes años»¹⁰.

Sin duda, el ministro no puede ser más claro cuando señala ese aspecto y, dejando a un lado su carácter político, incide en su formación como científico y técnico para destacar que nadie estaba al tanto de una contingencia como esta, ni siquiera da la sensación de que a alguien se le hubiera pasado por la imaginación que algo así pudiera suceder. Y lo más paradójico es que toda esta crisis se desencadenó, según relata Duque, cuando estaba a punto de ponerse en marcha un ejercicio gigantesco de simulación, llamado CRISEX, coordinado por el Departamento de Seguridad Nacional y con el que se

¹⁰ Entrevista publicada por diario *El País* el 23/4/2020. Disponible en <https://elpais.com/ciencia/2020-04-23/no-teniamos-un-plan-de-que-hacer-en-una-pandemia.html>.

pretendía ensayar la reacción del Ejecutivo ante una crisis desconocida¹¹. Obviamente, el experimento no se puso en marcha porque la crisis llegó antes y lo que era un simulacro se convirtió en una realidad contra la que no había ningún plan de contingencia, ni en España ni en ninguna parte. «[...] si te encuentras en una situación de emergencia, esos métodos tienen que estar engrasados y deben estar todo el rato funcionando. Y eso no lo teníamos porque se debía haber hecho mucho más énfasis en la ciencia de la epidemiología», subraya Duque en la entrevista¹².

Asimismo, el ministro destaca que se ha producido una constante falta de información sólida y, sobre todo, continua y coherente, acerca de lo que estaba sucediendo, de tal modo que, al final, cuando la OMS declara la situación como pandemia y establece la alerta general ya era demasiado tarde para actuar de manera proactiva y solo quedaba acogerse a la eficacia de las medidas reactivas, con lo cual era el virus el que llevaba ventaja: «Nos dimos cuenta de que algo estaba pasando dos o tres días antes del estado de alarma y, de hecho, ahí declaró la OMS la pandemia. En ese momento se vio que lo que estaba ocurriendo no cuadraba con lo que nos decían las predicciones de la OMS ni con la información que provenía de China, y por supuesto ya se empezó a hablar de que teníamos que hacer algo. Tardamos dos o tres días en armar el aparato legal que hace falta para realizar esa restricción tan inmensa de derechos de las personas que hubo que hacer. Yo creo que se hizo deprisa»^{13,14}.

Y recalca que «Si hubiera habido datos científicos suficientes como para saber que había un porcentaje importante de gente que tenía el virus, pero no tenía síntomas y estaba contagiando, todos hubiéramos reaccionado diferente. Reaccionamos según lo que nos decían que era la verdad científica y lo cierto es que no teníamos la información correcta. A todos los países les ha pasado prácticamente lo mismo. En el momento en que se empezó a ver que no cuadraba, que no era verdad esto que nos habían dicho, en ese momento hemos reaccionado»¹⁵.

¹¹ Ibidem.

¹² Ibidem.

¹³ Disponible en <https://elpais.com/sociedad/2020-03-11/la-oms-declara-el-brote-de-coronavirus-pandemia-global.html>.

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Ibidem.

Por su parte, en una declaración a la prensa, Maas reconocía que «forma parte de la verdad de esta pandemia que en Europa no hemos estado lo suficientemente bien preparados para poder reaccionar juntos»¹⁶.

Ambos tienen razón, ambos son sinceros y ambos dejan muchas dudas sobre el futuro, no ya en el plano sanitario, sino en el político: ¿qué puede pasar con la UE?, ¿cuál puede ser su situación?, ¿en qué se convertirá tras esta crisis?, ¿saldrá fortalecida o debilitada?

Desde luego, si analizamos los últimos Consejos Europeos y Eurogrupos no podemos sentirnos muy optimistas acerca de la solidez actual del proyecto europeo. Ante una crisis como esta, que ha dejado y, sobre todo, va a dejar la economía global en situación de práctica bancarota, lo normal es establecer planes de contingencia reactivos y eficientes, pero en especial concretos, cohesionados y —por qué no decirlo— solidarios. La negativa de Alemania y, en particular, de Holanda, a acordar una mutualización de la deuda (los llamados «coronabonos») para aliviar las economías de los países más afectados por la pandemia (en particular España e Italia) no nos lleva a ser optimistas acerca de que la UE adopte criterios unificadores sobre cualquier crisis que se le presente. Si no ha sido capaz de hacerlo en una situación como esta, es difícil que pueda cambiar de actitud en otros escenarios. Y no olvidemos un detalle: lo que finalmente se ha acordado en términos económicos es un fondo de reconstrucción ligado al presupuesto plurianual de la UE, pero cuyos detalles (y el diablo siempre está en los detalles, no lo olvidemos) todavía no se conocen y que, en todo caso, parece bastante alejado del plan Marshall que el presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez, en coincidencia con el presidente de la República Francesa, Emmanuel Macron, defendía como elemento sustancial para salir de la crisis.

Como metáfora, el plan Marshall es muy acertado. Como planteamiento político se ha quedado en la mera desiderata, pues para llevar a cabo una acción semejante —al menos según se hizo en su momento original, al término de la Segunda Guerra Mundial— hacen falta dos cosas: unidad de planificación y acción y un agente galvanizador que active, canalice, dinamice y gestione toda esa tarea. En 1945, ese agente estaba clarísimo, era Estados Unidos. En 2020, es imposible que este país vaya a asumir una tarea semejante. Ni le salen los números, ni da la sensación de que Trump

¹⁶ «La UE no estaba preparada para respuesta conjunta a la pandemia, dice Berlín», noticia distribuida por la Agencia EFE el 24/4/2020.

tenga la menor intención de invertir un solo dólar en reconstruir Europa y de ayudar a la UE, a la que siempre ha visto con recelo y cuya primera (y enormemente significativa) desafección, el *brexit*, celebró con grande entusiasmo, en particular tras la victoria en las elecciones del 12 de diciembre de 2019 del partido conservador, liderado por el primer ministro británico, Boris Johnson, el gran abanderado de la salida del Reino Unido del club europeo¹⁷.

La UE está entrando en un declive político que puede ser irreversible si no reacciona a tiempo. Su cada vez mayor debilidad en la escena internacional puede quedar definitivamente sellada a raíz de esta crisis, y si sus líderes (tanto los comunitarios, como los meramente nacionales) no asumen de una vez el mismo concepto que plantearon y llevaron adelante los «padres fundadores» —Jean Monnet, Robert Schuman, Alcide de Gasperi o Konrad Adenauer—, se habrá quedado relegada a un plano tan secundario como irrelevante en el sistema internacional.

Como indicaba Macron en una entrevista al diario *Financial Times*, nos encontramos «en el momento de la verdad» para Europa, pues «sin una actuación contundente de los Estados miembros y sin una solidaridad financiera a la altura de una de las mayores crisis en un siglo, está en riesgo la supervivencia del proyecto europeo»¹⁸.

Y Macron llama la atención no ya en el aspecto económico o financiero derivado de la crisis, sino en la dimensión política que esta puede deparar y que no sería otra que la interesada justificación del fracaso del club comunitario, lo que propiciaría un sentimiento de introspección de los Estados nacionales con el argumento de que Bruselas les ha fallado. Esto fortalecería las corrientes populistas, identitaristas, soberanistas y euroescépticas de extrema derecha o de derecha extrema (que, en la actualidad, y sumados los dos grupos identificados con esas ideas, suponen la tercera fuerza del Parlamento Europeo) y colocaría el proyecto comunitario al borde del abismo, y lo que es peor, provocaría en la práctica una implosión de la UE que tal vez quedaría relegada,

¹⁷ «¡Felicidades a Boris Johnson por su gran VICTORIA! ¡El Reino Unido y Estados Unidos serán ahora libres para llegar a un acuerdo comercial masivo tras el *brexit*!», escribió Trump en su cuenta de Twitter. Disponible en <https://www.lavanguardia.com/internacional/20191213/472198510650/elecciones-reino-unido-donald-trump-boris-johnson-brexit.html>.

¹⁸ Entrevista recogida en el diario *El País* el 16/4/2020. Disponible en <https://elpais.com/internacional/2020-04-16/macron-apoya-los-bonos-europeos-ante-el-riesgo-de-colapso-de-la-ue.html>.

si acaso, a una mera unión económica o incluso menos: a un simple proyecto de mercado¹⁹.

Macron es tajante al advertir de que, si Europa no reacciona pronto y con claridad y unidad de acción, «les digo que los populistas ganarán: hoy, mañana, pasado mañana, en Italia, en España, quizá en Francia y en otros lugares»²⁰.

El presidente francés afirma que no se pueden repetir los errores en los que incurrió su país al concluir la Primera Guerra Mundial, cuando le obligó a Alemania a asumir unas reparaciones económicas tan inmensas que solo sirvieron para generar un creciente resentimiento que se materializó finalmente en 1939 y, sobre todo, en la primavera y el verano de 1940, con la invasión alemana del territorio francés y la consiguiente ocupación.

Europa necesita seguir el camino de la unidad, de la conjunción de fuerzas y abandonar, por un lado, las tentaciones segregacionistas y, por otro (y para acallar estas) salir de la abulia burocrática y ofrecer a los ciudadanos una clara sensación de fuerza, de presencia real y de dinamismo. Si no, la tentación populista será cada vez mayor, así como el afán disgregador. Y ello porque el fenómeno populista y reaccionario puede tener una procedencia democrática, ya que, como destacan los politólogos estadounidenses Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, no debemos olvidar que «las instituciones por sí solas no bastan para poner freno a los autócratas electos»²¹ y avisan de que «[...] cuando el temor, el oportunismo o un error de cálculo conducen a los partidos establecidos a incorporar a extremistas en el sistema general, la democracia se pone en peligro»²².

Es evidente que del error de cálculo (si lo queremos llamar así) que supuso no ver (ni prever) la crisis del coronavirus ni sus consecuencias, se va a derivar (como ya ha sucedido) una situación de temor al futuro inmediato, consecuencia de una crisis económica que se perfila como descomunal. Si no se actúa ante esta con valentía, con unidad de criterios, con un plan generoso y noble que inyecte en el ciudadano una abundante dosis de confianza y esperanza en las instituciones y los políticos que las gestionan, aparecerán más oportunistas o saldrán reforzados los ya existentes, quienes aprovecharán la vía electoral y democrática para tomar el poder y destruir (o socavar

¹⁹ Ibídem.

²⁰ Ibídem.

²¹ LEVITYSKY, Steven; ZIBLATT, Daniel. «Cómo mueren las democracias». *Ariel*. 2018, p.16.

²² Ídem.

hasta los cimientos) el sistema de valores que tanto esfuerzo ha costado edificar y consolidar.

La historia es sabia, pero también es inapelable y pasa factura a los pueblos que la olvidan. Si no sabemos afrontar debidamente esta crisis y sus consecuencias se hacen tan duraderas como insostenibles, se producirán explosiones de irracionalismo colectivo que serán significativamente aprovechadas por los enemigos del sistema; por los dinamiteros de la democracia desde el interior de la democracia.

Como apunta el politólogo francés, Bruno Tertrais, en su interesante libro *La venganza de la historia*, «*Take back control* (¡recuperad el control!), exclamaban los partidarios del *brexit*: un eslogan que muy bien podría ser utilizado por cualquiera de los movimientos llamados “populistas”»²³.

Hacia la total multipolaridad

Antes he dejado en el aire la pregunta de cómo gestionar no ya la crisis, sino la salida de esta y la respuesta a la que llego, por ahora, es que no veo a nadie, a ningún actor político o geopolítico en condiciones de hacerlo o, dicho de otro modo, con interés en hacerlo de un modo global.

Abordada con desiguales (y muchas veces dispares) criterios la respuesta a la crisis sanitaria, cabe preguntarse cómo se puede abordar la crisis económica que ya es una realidad y no una hipótesis, y la consecuente crisis política y geopolítica que irá pareja a esta.

Voces autorizadas (pero que en la actualidad están fuera del primer plano de la vida política) como el ex primer ministro británico, Gordon Brown, han incidido en la necesidad de que el G20 asuma un rol mucho más activo, mucho más ejecutivo y se convierta en una especie de mecanismo global de gobernanza en lugar de ser solo un mero club de supereconomías nacionales, pero sin capacidad de decisión como tal.

En una reciente y muy interesante entrevista, Brown menciona taxativamente la necesidad de crear una *executive task force* en el G20, un instrumento con poderes

²³ TERTRAIS, Bruno. *La venganza de la historia. Cómo el pasado está cambiando el mundo*. RBA, 2018, p. 49.

ejecutivos porque, como subraya, «Necesitamos pasar a la acción en los próximos días y hacerlo de un modo coordinado [...] Es necesario un liderazgo político compartido»²⁴.

Y, ciertamente, Brown tiene razón, pero no hay que olvidar que en el G20 se encuentran países como Estados Unidos, Reino Unido, Rusia, Brasil o China. Auténticos gigantes geopolíticos cada uno de los cuales está tomando una dirección distinta en la gestión de la crisis en el plano sanitario y todo hace pensar que van a seguir esa misma senda en el terreno de las relaciones internacionales. La consecuencia de ello sería una disgregación total del sistema, una ruptura de los ya de por sí débiles nexos que ligan a unos con otros (y a todos con todos) y la consecuencia sería el establecimiento de un multipolarismo absoluto en el que al final todo consistiría en un juego de alianzas de conveniencia bilaterales o trilaterales para solventar asuntos concretos en momentos y lugares específicos, pero no para llevar a cabo planes de contingencia a gran escala.

Dicho de otro modo: el estado actual del sistema de relaciones internacionales nos lleva a pensar que podemos adentrarnos en una época de pura introspección, de radical individualismo en el que habrá un juego de intereses entre unos y otros para ver quién ejerce su predominio.

Brown incide en el peligro del nacionalismo excluyente («nacionalismo a la defensiva», lo denomina) y que puede beneficiarse de las consecuencias de esta crisis y advierte de que se basa en «Un tipo de unilateralismo que contempla el mundo como una lucha entre “nosotros y ellos” [...] una “alianza internacional de antiinternacionalistas”»²⁵ que puede ser cada vez más pujante y cada vez más destructiva.

Como señala Ignacio Fuente Cobo en un muy interesante artículo²⁶ publicado recientemente en este mismo medio, una eventual desafección de Estados Unidos para atender sus compromisos de ayuda, apoyo y refuerzo ideológico de sus aliados naturales se traduciría en una mayor presencia de China en lo económico y en lo financiero, así como en la aparición de una especie de «espacio vacío» geopolítico, el cual se

²⁴ Disponible en https://elpais.com/ideas/2020-04-18/no-bastan-las-buenas-palabras-necesitamos-un-g20-con-poderes-ejecutivos-que-pase-a-la-accion.html?event_log=oklogin&o=cerrado&prod=REGCRART?event_log=oklogin&o=cerrado&prod=REGCRART.

²⁵ Ibídem.

²⁶ FUENTE COBO, Ignacio. «El mundo después de la pandemia: el nuevo orden no será chino». IEEE. Disponible en http://www.ieee.es/contenido/noticias/2020/04/DIEEEE033_2020IGNFUE_mundo.html.

apresuraría Pekín a ocupar con sus mejores recursos —los económicos, las inversiones y la provisión de bienes—, lo que dejaría a sus competidores casi desguarnecidos.

El analista lo resume muy bien al destacar que «La historia muestra cómo las situaciones excepcionales son aprovechadas por los Estados revisionistas para cuestionar el orden establecido y avanzar sus posiciones nacionales. Al fin y al cabo, en geopolítica, no existen espacios vacíos y los que unas potencias abandonan otras los ocupan y son las revisionistas las que más interés, y voluntad, tienen de hacerlo»²⁷.

Quizá la conclusión de este artículo la encontramos en un célebre verso de Pablo Neruda: «Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos».

*Fernando Prieto Arellano**

Periodista y profesor de Periodismo Internacional
Universidad Carlos III

²⁷ Ibídem.